

» juega con los miedos de sus habitantes por intereses electorales.

La única que actuó en un principio conforme a las leyes y a su conciencia fue Angela Merkel, *La señora intransigente* para Grecia, Portugal y España; pero ejemplar en la crisis de los refugiados hasta que su partido democristiano, tanto la sucursal bávara (CSU) como el resto (CDU), se volvieron contra ella. También le ha dado la espalda el electorado en las tres elecciones regionales de este año, Baden-Württemberg, Renania-Palatinado y Sajonia-Anhalt. Subió Alternativa por Alemania (AfD) que defiende el cierre de las fronteras y la expulsión de los refugiados. Los sucesos de Colonia en Nochevieja, en los que un millar de varones, entre los que había supuestos solicitantes de asilo (una información nunca aclarada), asaltaron y molestaron sexualmente a decenas de mujeres, fueron la excusa para un cambio de política y de mentalidad. Del “welcome refugees” pasamos a las expulsiones indiscriminadas.

El pacto con Turquía vulnera los principios y valores en los que se sustenta la UE. En el fondo del debate bulle la islamofobia, el miedo al otro que arranca de nuevo en los Balcanes, convertidos en frontera entre nosotros y ellos, los otros. Surgen los estereotipos, todo aquello que permanece en nuestro almacén cultural. No hemos avanzado tanto como pensábamos, el runrún del fascismo, de sus motores del odio, sigue entre nosotros.

El árabe, el musulmán, convertidos en símbolos de la barbarie olvidando siglos de nuestra propia barbarie en Europa, territorio de luchas y odios ancestrales, América, África y Asia. La otredad como contrapuesto en un intento de saber qué somos. Decía el periodista polaco Ryszard Kapuscinski que un niño educado en el miedo a otro se esconderá detrás de su madre al ver a un negro vestido con una túnica, un diferente; un niño educado en libertad, saldría a escuchar sus historias, a conocer sus costumbres. Aunque somos producto de un mestizaje constante, ya no circulan las razas, sólo el dinero de los más ricos de paraíso en paraíso.

La escenificación de la crisis de los refugiados es el teatro del miedo y el odio, de la inseguridad de un Occidente en declive ético. Tenemos miedo al musulmán que nos conecta con el terrorismo de Al Qaeda y Daesh, los atentados de París y Bruselas, olvidando que el 87% de los muertos causados por el salafismo radical desde el año 2000 son musulmanes. En democracia no es importante la identidad, sólo importa que funcionen las instituciones. Perdimos una oportunidad de aprender de los sirios, dejarnos educar, y de educarles en la tolerancia, compartir un mismo espacio con creencias, costumbres y vestimentas diferentes. La paz no se construye en las victorias militares, ni en los muros ni en las fronteras, la paz se construye en el diálogo y la paciencia. Ganan de nuevo los partidos de la guerra y la exclusión, pierden la paz, los refugiados y nosotros, la sociedad cobarde y silenciosa que mira para otro lado. ♦

# Manos infantiles que dibujan el drama del exilio

**DESARRAIGO, MIEDO, TRISTEZA Y PENALIDADES DE TODO TIPO. LOS NIÑOS REFUGIADOS QUE LLEGAN A EUROPA DESDE SIRIA Y OTROS PAÍSES EN GUERRA UTILIZAN LOS LÁPICES PARA EXPLICAR SU TRAGEDIA. OTRA VEZ, UNA IMAGEN VALE MÁS QUE MIL PALABRAS.**

Un miembro del Estado Islámico (ISIS, por sus siglas en inglés) apunta con una pistola a un niño, a lo que el pequeño responde levantando ambos brazos a modo de rendición. El tallo de una flor con seis pétalos que sostiene el pequeño con la mano izquierda separa su cara del cañón del arma de fuego. No se trata de ninguna escena de ficción. No se sabe si hubo clemencia. Tampoco el lugar exacto de esta barbarie. Pero, sin duda, es un retrato de la realidad que la guerra provoca y de la que millones de personas huyen. Así de crudo y explícito, sin adornos que interpretaran o elementos que distorsionaran la realidad, colgaba este dibujo elaborado por una niña o un niño, que junto a cientos de ilustraciones empapelaban las paredes de una carpa del campo de refugiados Asfinag, en Salzburgo (Austria). La autoría del dibujo era de uno de los 2,4 millones de menores que han dejado sus casas huyendo de la guerra. Y el protagonista de la historia también puede ser uno de los 10.000 niños muertos en Siria entre 2011 y 2013, según estimaciones de Unicef.

Este centro, un antiguo complejo donde la empresa de construcción de carreteras austriaca guardaba su maquinaria, ha sido desde septiembre el que más afluencia de refugiados ha registrado en la frontera con Alemania. Desde su instalación y hasta el pasado febrero pasaron por allí 134.000 personas, unas 800 diarias. Entre ellas, familias enteras con niños y niñas de todas las edades. Llegaban desde Spielfeld, un pueblo fronterizo con Eslovenia. En este campo pasaban horas y horas, a la espera de que algunos autobuses los trasladasen a Freilassing, en Alemania.

Un viaje de seis kilómetros y no más de 10 minutos de duración. Militares austriacos custodiaban y controlaban la subida al autobús. Nadie podía subir con comida. No distinguían ni edades ni necesidades. A los niños y niñas, que antes habían estado pintando y transmitiendo su realidad mientras



**Por ANTONIO TRIVES**

Periodista freelance, ha colaborado con Público, Ahora y Eldiario.es, entre otros medios. Visitó recientemente Europa central para escribir reportajes sobre la crisis de los refugiados.

**Fotos: CARLOS GIL**

esperaban la hora de partir, se les retiraba de las manos el bocadillo que tomaban como desayuno. Junto a la puerta del autobús, un contenedor grande. Da igual que el niño llorara. El bocadillo iba directo a la basura. No les permitían subir comida. Desde hace un mes, este centro permanece cerrado, ya que el bloqueo de las fronteras impide que los refugiados continúen su viaje hacia otras partes de Europa con la necesidad imperiosa de ejercer un derecho fundamental como es el de solicitar asilo.

## “DAMASCO, TE ECHO DE MENOS”

Samad es un joven sirio que consiguió asilo en Austria hace casi un año. Desde entonces ha acudido todos los días, de ocho a dos de la tarde como voluntario a una carpa (15 metros de largo y ancho) del campo de refugiados Asfinag, donde los refugiados pasaban toda la noche a la espera del autobús que les trasladara a Alemania. En esta carpa de espera, padres y madres aprovechaban para descansar sobre unos bancos de madera sin respaldo. Los más pequeños, algunos no llegaban al año, dormían sobre una pila de mantas. Mientras, los voluntarios (dos sirios, una afgana y dos alemanes) agrupaban a todos los niños y niñas alrededor de una mesa de madera. Las edades variaban, desde los dos a los 10 años. Una caja de lápices de colores y un folio en blanco presidían la mesa. Los voluntarios instaban a los pequeños a que dibujasen por qué han dejado su país. Los niños, ilusionados por la tarea, se apresuraban a hacerlo lo mejor posible. Su mirada y su alegría no daban ninguna pista de lo que, minutos más tarde, mostrarían sus dibujos. Algunos empleaban sólo frases; otros, trazaban líneas, algunas veces no entendibles. En cuanto terminaban se apresuraban a entregárselo a los voluntarios. El resultado, unas veces más explícito que otras, mostraba que su corta edad no les libra de sufrimiento ni les borra de sus pensamientos el drama y el dolor que han padecido y del que han sido testigos.

“I love you, Irak” encabezaba un dibujo



La mayoría de menores que buscan refugio en Europa procede de Siria, Irak y Afganistán.

ilustrado con un sol alegre y brillante, una niña sonriente con falda entre dos árboles y dos palomas sosteniendo una bandera. No es el único que mostraba añoranza o ansias de libertad. “Echo de menos a mi amiga, a mi país”, “Damasco, te echo de menos. Quiero regresar. Te quiero Damasco”, traduce Samad. Había otros con muestras de esperanza: “Seguro que algún día vamos a regresar”. Conscientes de que una guerra civil surge como la causante de su éxodo plasmaban el dolor que supone este tipo de conflictos: “Todos los sirios tenemos una misma sangre” o “somos un país y tenemos una sangre”, “las personas que viven en el país son fuertes compañeros”. O bien por la letra o por el dibujo, no siempre resultaban comprensibles, pero el contexto y varios elementos no dejaban lugar a dudas. “Parece que ha dibujado el mar, con un chico muerto” comentaba Samad. Pero había otros muchos más explícitos. “La guerra no sabe si es un niño o una paloma. Lo destruyen todo”, traducía el joven voluntario. Es la frase de la que brotaba sangre, al atravesar una flecha una de estas palabras. Y bajo este enunciado, una paloma muerta en las mismas circunstancias.

Las banderas estaban presentes en la mayoría de dibujos. La siria era la más repetida con diferencia. Pero también había afganas, iraquíes, palestinas, marroquíes y kurdas. Los voluntarios creían que no todos los dibujos que colgaban de las paredes de la carpa eran de niños y niñas. Por esta carpa pasaron durante cinco meses casi 900 personas diarias huyendo de la guerra, la miseria, las injusticias, asesinatos y violaciones sistemáticas de derechos humanos. Uno de esos dibujos, que hacía dudar sobre la edad del autor o autora, retrataba una flagrante discriminación de género. La protagonista era una niña con falda



entre rejas, sosteniendo en sus manos un libro rojo. Junto a ella, pero fuera de lo que parece una celda, había un niño. También portaba material escolar. Pegado a él, una señal con una silueta masculina indicaba permisividad, aceptación. Lo remarcaba con un *tick* verde. Sin embargo, junto a la niña, la señal redonda con su figura en el interior tachada diagonalmente, representaba su prohibición. Arriba, una cruz roja confirmaba que no era aceptada.

La joven voluntaria afgana que nos acompañaba entendía a la perfección el retrato de la niña encarcelada. “Desde que empezó la guerra, las niñas tienen prohibido ir a la escuela”, afirma la voluntaria. El argumento que utilizan en su país es que “crecen muy rápido y tienen que casarse muy pronto”. Esta voluntaria se ve reflejada en la discriminación que retrata el dibujo. Con 15 años, su padre la obligó a casarse con un chico que ni conocía, y a los 16 tuvo su primera hija. Ahora tiene 28 y hace seis años huyó con su marido e hijas. “Salí de mi país para que mi hija no sufra eso mismo que han dibujado. Quiero que tenga la oportunidad de ir a la escuela, tenga una educación y no la obliguen a casarse”, narra.

**En 2015, el peor año, 3.771 personas murieron en el Mediterráneo al huir de las guerras, según la Organización Internacional de las Migraciones**

Pero, sin embargo, al preguntarle por el dibujo que más le conmovía no indicó ese. Nos llevó a la otra punta de la carpa, junto a la salida. Era un retrato de la travesía por el mar que los refugiados se ven obligados a tomar. Un camino que carece de alternativa para alejarse de la guerra. El dibujo mostraba una lancha repleta de pequeños círculos. No sólo en el interior de la barca. También en el borde, perfilando la lancha. Cada uno de esos círculos representaba a una persona. No quedaba ni un espacio en blanco, todos los rincones estaban ocupados por esos círculos, transmitiendo una profunda sensación de agobio y angustia. Para enfatizar la peligrosidad del trayecto, unas líneas en azul oscuro resaltaban la fuerza de las olas. En 2015, el año más mortífero, 3.771 personas murieron en el Mediterráneo, según recoge la Organización Internacional para las Migraciones (OIM), cuando huían de la guerra.

Uno de los últimos grupos de refugiados que consiguieron pasar por este campo de refugiados con dirección a Alemania, antes del cierre de las fronteras y del acuerdo entre la Unión Europea y Turquía, estaba compuesto en su mayoría por familias. Las deportaciones ya han comenzado. Los padres y madres seguirán peleando por obtener el asilo y vivir en un lugar seguro y con dignidad.

Mientras, los niños continuarán pintando y contando el drama. Su inocencia se la arrebató la guerra en su país, quizá por el camino o tal vez nunca llegaron a conocerla. La crudeza del conflicto, las muertes y la violencia se alojan en la retina de sus ojos, viajan con ellos, y cuando tienen la más mínima oportunidad de expresarlo, lo cuentan en un dibujo, con el esbozo de un simple lápiz y sobre un folio. Pero, sin duda alguna, imborrable de sus memorias. ♦